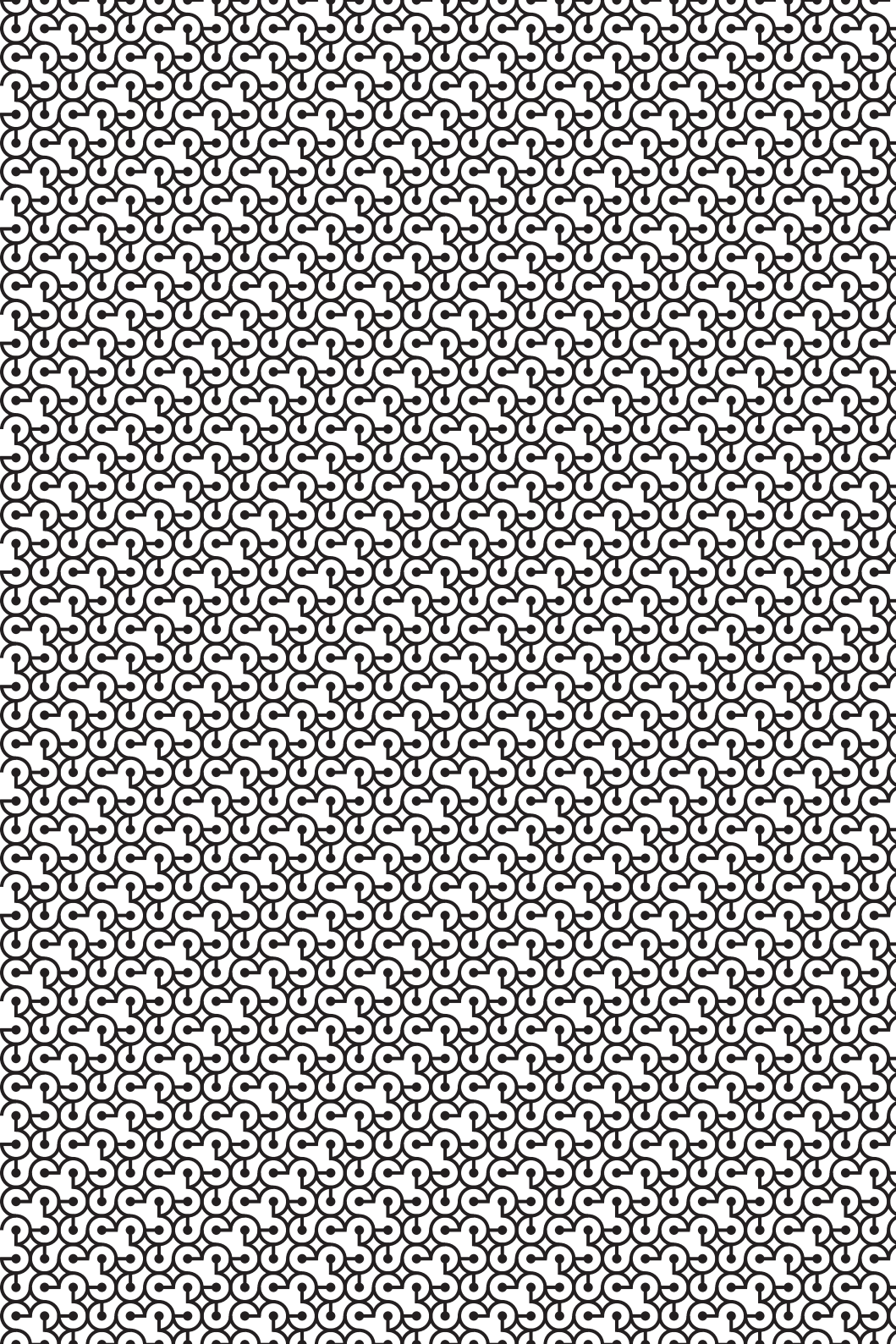
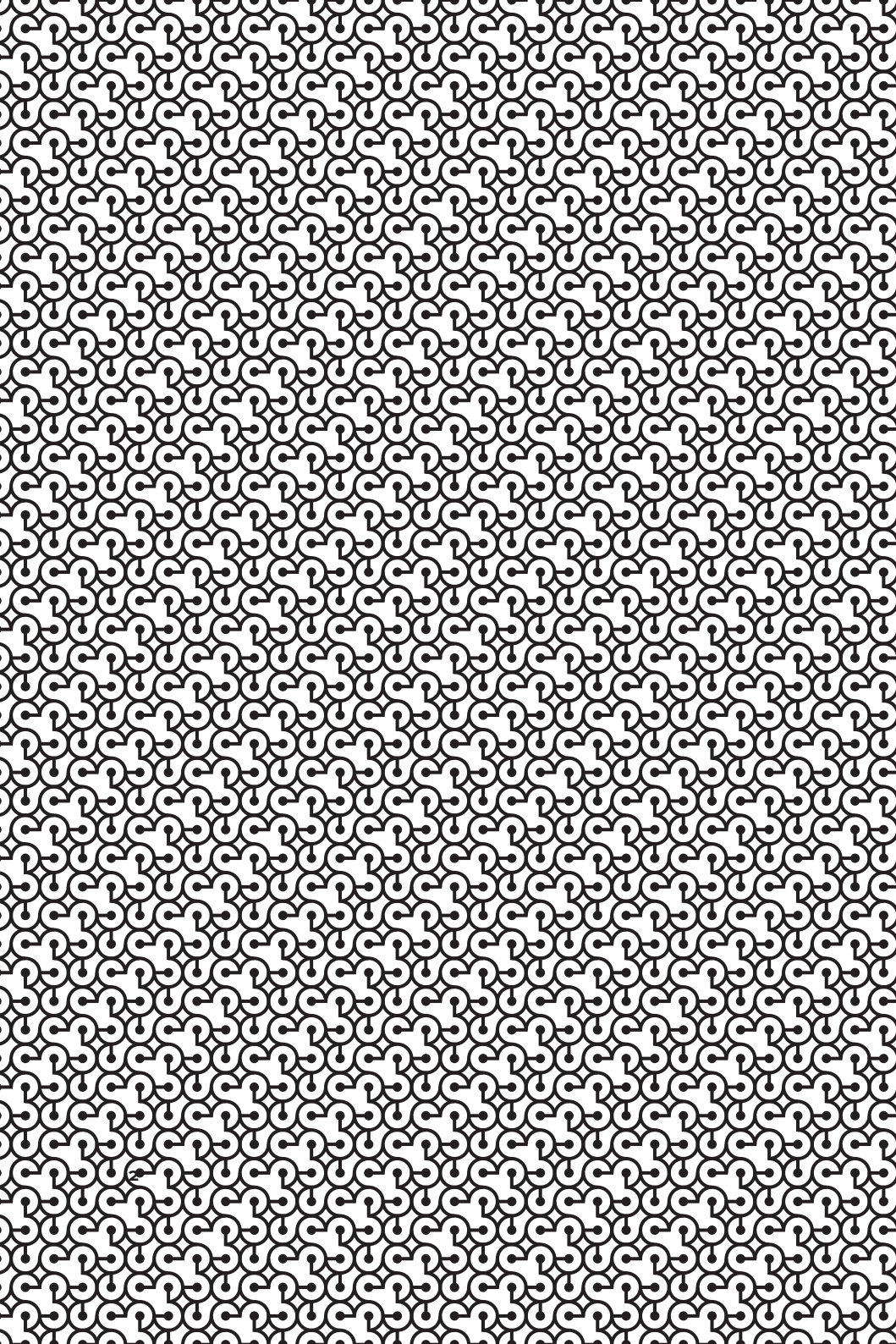






La pista



Carolyn Wells

La pista

TRADUCCIÓN DE MARCO PORRAS



menos**cuarto**

Título original: *The Clue*
J. B. Lippincott Company, 1909.
Filadelfia, Estados Unidos.

© de esta edición, Menoscuarto Ediciones, 2026
© de la traducción, Marco Porras

ISBN: 978-84-19964-52-6
Dep. Legal: P-158/2026

Diseño de colección: Echeve
Ilustración de cubierta: Detalle del cuadro *Florence Davey*
(1914), de George Bellows (1882-1925). National Gallery of Art,
Washington D. C.

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)
Printed in Spain - Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES, S.L.
C/ Italia, 49
34004 PALENCIA (España)
correo@menoscuarto.es
www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Este libro se ha elaborado con papeles con certificado forestal que controlan el origen de la materia prima provenientes de montes sostenibles garantizando el respeto al medio ambiente.

I. LOS VAN NORMAN

La antigua mansión Van Norman era la casa más elegante de Mapleton. Apartada del camino, se alzaba orgullosa entre sus impecables praderas y jardines, como si fuera consciente de su propia importancia, y sus blancas columnas coloniales brillaban entre el arbolado, como centinelas que custodiasen la entrada a un vestíbulo señorial.

Todo Mapleton se sentía orgulloso de aquel pintoresco rincón antiguo, que se mostraba a los forasteros con la misma satisfacción con la que los lugareños señalaban la Biblioteca Conmemorativa o el templo nuevo.

Con más de medio siglo de vida, aquella mansión blanca y aristocrática parecía mirar con frialdad a ciertas casitas advenedizas, cuyos pilares minúsculos sujetaban plantas superiores que sobresalían amenazantes, y cuyas amplias verandas de filigrana hurtaban con cicatería el espacio para las habitaciones interiores.

La mansión Van Norman no era así. Formaba un rectángulo alargado y cada una de sus cuatro plantas incluía una serie de estancias espaciosas y bien proporcionadas.

Y su dueña, la bella Madeleine Van Norman, era la joven más envidiada y más admirada de la villa.

La Magnífica Madeleine, como la llamaban a veces, pertenecía a ese tipo de mujer altiva e imperiosa que inspira

más admiración y respeto que afecto. Huérfana y heredera, había pasado sus veintidós años de vida en la vieja mansión y, desde la muerte de su tío, dos años antes, se mantenía como la señora de la casa, secundada de modo hábil por una dama de compañía amable y maternal, una secretaria personal inteligente y una dotación de eficaces sirvientes.

La propia mansión, junto con una renta hartó suficiente para su mantenimiento, ya eran de su propiedad legal; pero, según los términos del testamento de su tío, pronto poseería el grueso de la gran fortuna que le había legado.

Madeleine era la única descendiente viva del viejo Richard Van Norman, salvo por un primo lejano, un joven holgazán, sin oficio ni beneficio, que en los últimos años había vivido en el extranjero.

El joven pasó sus primeros años en Mapleton, pero su temperamento impulsivo le había arrastrado a una grave disputa con su tío y, de manera muy sabia, había decidido distanciarse.

Y eso que Tom Willard no era de natural conflictivo. Su mal genio era de tipo impulsivo: se encendía de repente y se aplacaba con la misma rapidez. Y tampoco surgía a menudo. Afable y despreocupado, Tom podía soportar las críticas y los reproches de su tío semanas enteras hasta que, acaso espoleado hasta el límite de su resistencia, montaba en cólera y se expresaba con un lenguaje tan fluido como vehemente.

Y es que Richard Van Norman no había sido, ni mucho menos, un hombre fácil de tratar. Aquella docilidad innata de Tom lo había convertido en el blanco predilecto de los arrebatos de su tío. Miss Madeleine, en cambio, no toleraba

tales desplantes. Tan autoritaria como el propio anciano, no permitía injerencia alguna en sus planes, ni que criticaran sus propios actos.

Aquella resultó ser la forma adecuada de lidiar con mister Van Norman: él siempre accedió a los deseos de Madeleine, o se plegó a sus mandatos sin poner objeción alguna, pese a que entre ellos jamás surgieron manifestaciones de afecto.

Y es que las manifestaciones eran algo ajeno tanto a la naturaleza del tío como a la de su sobrina, pero en el fondo se querían mucho, a su manera discreta y reservada. Tom Willard era diferente. Su afecto era de tipo franco y espontáneo, y entablaba amistades con facilidad, aunque las perdía a menudo con la misma rapidez.

Debido, pues, a su devoción por Madeleine y a su hostilidad con el joven Tom Willard, Richard Van Norman había legado la gran casa a su sobrina, y además había dispuesto que toda su inmensa fortuna se le otorgase sin restricción alguna el día de su boda o al cumplir los veintitrés años, si llegaba soltera a esa edad. En caso de que falleciese antes de contraer matrimonio, o también antes de cumplir los veintitrés años, la herencia completa pasaría a Tom Willard.

Aunque Richard Van Norman tomó esa decisión con la máxima renuencia, era preciso establecer una disposición en caso de que Madeleine falleciera de forma prematura, y Willard era el único pariente legítimo. Ahora, a sus veintidós años, Madeleine estaba a punto de casarse con Schuyler Carleton, miembro de una de las familias más antiguas y distinguidas de Mapleton.

Los chismosos del lugar se complacían en dar bombo a esa unión, pues míster Carleton era hombre de costumbres irreprochables y suficientemente apuesto como para estar a la altura de la Magnífica Madeleine.

No era un hombre acaudalado, pero —como el matrimonio reportaría a ella su herencia— podrían contarse entre los millonarios del momento. Sin embargo, no faltaba quien temía por la futura dicha de esta pareja, en apariencia ideal.

Mistress Markham, que ejercía a la vez de ama de llaves y de dama de compañía de su joven protegida, lamentaba en privado la actitud de los prometidos.

«La adora, estoy segura», se decía a sí misma, «pero es demasiado galante y relamido en sus formas. Preferiría verle acariciarla con espontaneidad, o que se le escapase algún apelativo cariñoso, en vez de ser siempre tan exquisitamente deferente y educado. Y Madeleine debe de amarlo; si no, ¿por qué iba a casarse con él? Sin embargo, es tan altiva y formal que bien podría pasar por una verdadera duquesa en lugar de por una muchacha americana. Pero así es Madeleine de pies a cabeza. Jamás la he visto mostrar verdadera emoción por nada. En fin, soy una vieja tonta y anticuada. Sin duda, cuando estén a solas, se arrullarán como palomas, pero sus aires de alta alcurnia no les permiten exhibir sentimiento alguno ante los demás. Casi desearía que se casara con Tom. Él sí tiene sentimiento y entusiasmo para dar y tomar, y el parentesco es tan lejano que no vale la pena ni mencionarlo. ¡El mismo Tom de siempre! Es el único capaz de sacar a Madeleine de esa imperturbable dignidad tan suya».

Y aquello era hartamente evidente. Madeleine había heredado la dignidad y el hermetismo propios de los Van Norman hasta tal punto que a todo el mundo le resultaba difícil entablar con ella una amistad íntima.

Además, mostraba un extraño aire de preocupación y, hasta cuando le interesaba una conversación, parecía mirar por encima o más allá de su acompañante, de un modo que resultaba desalentador para cualquier interlocutor normal.

Así que miss Van Norman no era en absoluto la favorita como mujer entre los jóvenes de Mapleton, pero socialmente era su lideresa, y figurar en su lista de invitados constituía el mayor anhelo de los arribistas del lugar.

Ahora que estaba a punto de casarse con Schuyler Carleton, el evento de la boda era el único asunto del que se hablaba, se pensaba o se soñaba en la sociedad de Mapleton.

Madeleine —que siempre había mantenido por carta el contacto con Tom Willard— le había escrito para informarle de su próxima boda, y él había respondido regresando de inmediato a América para asistir a la ceremonia.

Liberado del azoramiento que le producía la presencia de su tío, Tom recuperó su jovialidad e hizo gala de ese atractivo censurable que poseen tan a menudo las almas descarriadas. A veces discutía con Madeleine por nimiedades para reconciliarse al minuto siguiente, y colmarla de mimos y carantoñas con el aire privilegiado de un pariente cercano.

Estaba contento de regresar a los lugares familiares de Mapleton, y recorría la villa renovando viejas amistades y haciendo otras nuevas, cautivando a todos con su personalidad encantadora.

En menos de una semana, ya tenía en el lugar más amigos que los que Schuyler Carleton había tenido nunca.

Carleton, aunque apuesto y de aspecto distinguido, carecía por completo de magnetismo y encanto personal, unos rasgos que abundaban en Tom Willard.

Los amigos de Schuyler Carleton achacaban a la timidez su reserva y aquel semblante casi huraño, y en parte así era. Sus conocidos lo atribuían a la indiferencia, y también tenían parte de razón. Pero sus enemigos —de los que no carecía—, juraban que su modo de hablar, frío y cortante, no era sino mera arrogancia, y aquello sí que faltaba a la verdad.

La conducta con su prometida era cuanto podía pedir la persona más exigente en cortesía y amabilidad detallista. Se mostraba reservado en público de una forma acentuada y, si era también así en su proceder cuando los dos estaban a solas, se debía tal vez a que tampoco la propia Madeleine le animaba, ni deseaba palabras y muestras de ternura.

La actitud de Tom hacia Madeleine irritaba a Carleton sobremanera, pero —cuando este le mencionó el asunto— ella le advirtió con ligereza que el afecto entre primos caía fuera de la jurisdicción de un prometido.

Tom, por su parte, estaba enamorado de Madeleine de modo desesperado, y lo había estado durante años. En repetidas ocasiones le había rogado que se casara con él, y ella sabía en su fuero interno que sus súplicas nacían de que la amaba, y no de cualquier consideración hacia su fortuna.

No obstante, si ella se casaba con otro, Tom Willard perdería para siempre toda esperanza de obtener el dinero de su tío.